

Microrrelatos en Palacio



Organiza y
patrocina



Colabora:



SOLO BOADILLA

Microrrelatos en Palacio

Índice

I Concurso de Microrrelato Ilustrado AEDAS Homes _____	7
Saludo del Alcalde de Boadilla del Monte _____	8
Carta del Presidente del Jurado del Concurso de Microrrelatos _____	10
<i>Sucedió en el palacio de Boadilla del Monte</i> _____	13
<i>La encrucijada del tiempo</i> _____	15
<i>El extraño mulo del Infante</i> _____	17
<i>Carta de iniciación al culto del entretenimiento de compleja moralidad</i> _____	19
<i>Merienda en el jardín</i> _____	21
<i>Ay, alma mía</i> _____	23
<i>Una visita inesperada</i> _____	25
<i>La biblioteca</i> _____	27
<i>Ojos de mariposa</i> _____	29
<i>De Boadilla a Versailles</i> _____	31
<i>Arzobispo de Toledo y Conde de Chinchón</i> _____	33
<i>Al compás del minueto</i> _____	35
<i>La favorita</i> _____	37
<i>El palacio de los tres Luises</i> _____	39
<i>De lo que aconteció del Infante y su hija</i> _____	41
<i>Sonata para un Infante</i> _____	43
<i>Tuve un sueño</i> _____	45
<i>Testigo perenne</i> _____	47
<i>Bastón, batuta y pluma</i> _____	49
<i>El sueño de las tres generaciones</i> _____	51
<i>La carta que cambió mi vida</i> _____	53
<i>Sueños de palacio</i> _____	55
<i>Debilidad</i> _____	57
<i>Despedida</i> _____	59
<i>El segundo escalón</i> _____	61
<i>Bailes y melancolías en palacio</i> _____	63
<i>La dulce muerte de Ambrose Mamelin</i> _____	65
<i>Bobadas</i> _____	67
<i>Divertimenti per due violini alto e violoncello</i> _____	69
<i>A través de los ojos de mi madre</i> _____	71



I Concurso de Microrrelato Ilustrado AEDAS Homes

Jose María G. Romojaro
Director de Arquitectura de AEDAS Homes

AEDAS Homes, promotora inmobiliaria de referencia en España, con la participación y colaboración del Ayuntamiento de Boadilla del Monte, la Asociación de Amigos del Palacio de Boadilla del Monte y la revista Solo Boadilla, organiza y patrocina el **I Concurso Internacional de relato breve ilustrado con el título de ‘Microrrelatos en Palacio’**. A través de esta convocatoria, la compañía tiene como objetivo impulsar la creatividad de artistas, tanto locales como de fuera de la localidad, mediante la aproximación a la historia y curiosidades del municipio y contribuir así a la difusión de la cultura de Boadilla del Monte y de su esplendor en el siglo XVIII, gran parte fraguada de la mano de personajes tan importantes como el Infante Don Luis, Goya, Boccherini o Ventura Rodríguez.

Esta pionera iniciativa artística se inscribe en el programa **ConLasArtes by AEDAS Homes**, una estrategia cultural que se enmarca en el Plan ESG 2021-2023 que la promotora inmobiliaria presentó en 2021. Un proyecto que contempla unos ambiciosos objetivos ambientales (Environmental), sociales (Social) y de gobernanza (Governance) vinculados a los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de Naciones Unidas.

Con este importante compromiso de sostenibilidad social, la promotora pretende implicarse en el entorno urbano allí donde desarrolla sus promociones de viviendas a través de proyectos artísticos que agregan valor al territorio y conectan con las personas. Esta convocatoria confirma el empeño de **AEDAS Homes** con la creación contemporánea como herramienta de impacto social y el apoyo a la difusión del arte y la cultura.

La edición y difusión de este libro, compuesto por 30 textos ilustrados que han sido atentamente seleccionados por el jurado del concurso, sirve para contribuir, aún más, a dar a conocer Boadilla del Monte y su importante riqueza cultural.

Saludo del Alcalde de Boadilla del Monte

Javier Úbeda Liébana
Alcalde de Boadilla del Monte

El ingente legado con que contamos en nuestro país implica que solo con los recursos propios de las diferentes administraciones públicas sea imposible cumplir con el mandato constitucional de garantizar la conservación y promover el enriquecimiento del patrimonio histórico, cultural y artístico de los pueblos de España. Por ello, hoy en día nadie pone en duda la necesidad de colaboración entre el sector público y el privado en la conservación y difusión de este.

El papel de los Ayuntamientos es básico de cara a una gestión eficaz del patrimonio histórico, ya que se trata de la administración más cercana a los ciudadanos, y al mismo tiempo la que tiene un contacto más directo con el Patrimonio. Su intervención en este terreno como titular de bienes y centros culturales y como agente impulsor de iniciativas de recuperación de la herencia cultural y natural, es sin duda determinante. Por otra parte, asistimos a una verdadera toma de conciencia por parte de la sociedad civil de proteger, conservar y acrecentar ese Patrimonio común entendido como elemento de identidad cultural de una comunidad.

Por lo tanto, los ayuntamientos y la iniciativa social organizada constituyen dos actores fundamentales en la gestión, protección y conocimiento de nuestro legado cultural. Donde la difusión de nuestro Patrimonio Histórico se configura como el medio más eficaz de conocimiento, protección y defensa del mismo, a pesar de que se trate de una inversión a largo plazo, además de significar la universalización del acceso a los bienes culturales como factor que contribuye al avance social.

Es en la conservación y difusión de nuestro ingente legado patrimonial donde la iniciativa empresarial juega un papel importante como agente activo y con una participación económica que, en definitiva, significa la reversión a la sociedad de parte de sus beneficios.

El caso de AEDAS Homes es paradigmático, una de las mayores inmobiliarias de nuestro país, ha desarrollado desde hace unos años una serie de actividades para la promoción de la cultura y el patrimonio en las diferentes localidades españolas donde ejercen su actividad, constituyendo así un perfecto ejemplo de colaboración público-privada en el ámbito cultural.

Por todo ello, quiero aprovechar estas líneas para agradecer a AEDAS Homes su iniciativa para con nosotros y con el resto de los municipios y animarles a que sigan creyendo en su apoyo a la cultura e historia de nuestra nación.

Hemos tenido la gran suerte de que en este año 2022 han elegido a Boadilla del Monte y a nuestro magnífico palacio del Infante don Luis para llevar a cabo una atractiva y singular iniciativa: un concurso de microrrelatos con ilustraciones sobre nuestro conjunto palaciego y sus personajes. Han sido más de 350 participantes de todo el país los que, previamente a escribir sus relatos, han indagado y leído sobre el palacio y sus historias, realizando así una profunda inmersión en nuestra realidad histórico-cultural, todo lo cual ha supuesto no solo la difusión de nuestro mayor atractivo turístico entre ellos, sino también que aumentemos el número de activos en la defensa y protección de nuestro magnífico conjunto palaciego dieciochesco.

Ahora tenemos en nuestras manos el testimonio de todo ello, con la selección de los 30 primeros microrrelatos con sus correspondientes ilustraciones. Auténticos alardes de pericia literaria y gráfica que han sabido glosar en pocas palabras y en unos dibujos pequeñas grandes historias que se desarrollan en el palacio de Boadilla del Monte.

Carta del Presidente del Jurado del Concurso de Microrrelatos

Miguel Ángel García Valero
Coordinador de Patrimonio Histórico y Natural del Ayuntamiento
de Boadilla del Monte

Tras más de treinta años dedicado a la gestión del patrimonio cultural en diferentes administraciones como funcionario público, cada vez tengo más claro que la mejor protección y promoción de nuestro legado cultural tiene más que ver con su conocimiento y aprecio por parte de los ciudadanos, que con la profusión de normas proteccionistas y restrictivas. Nuestro ingente patrimonio histórico y cultural es fruto del devenir de los pueblos a lo largo del tiempo y sentirlo como algo propio y característico de nuestra sociedad, contribuye en mayor medida a su disfrute y a una mayor concienciación de trasladar ese legado a las siguientes generaciones en mejor estado del que nos llegó a nosotros.

Por todo ello, siempre que cualquier entidad, ya sea pública o privada, ha propuesto alguna actividad enfocada al conocimiento y difusión de nuestro patrimonio me ha parecido prioritaria. En este sentido, cuando Ana Suárez Gisbert me propuso llevar a cabo una actividad cultural vinculada con el magnífico palacio del Infante don Luis en Boadilla del Monte y en colaboración con AEDAS Homes, no tuve dudas. Siempre he considerado que la colaboración público-privada cada vez es más necesaria en la corresponsabilización de la conservación de nuestro patrimonio. Las empresas privadas deben revertir parte de sus beneficios a la sociedad y las administraciones públicas deben articular las fórmulas más eficaces para que ello sea lo más sencillo y beneficioso para ambas partes.

La propuesta desde AEDAS Homes de realizar un concurso de microrrelatos sobre el palacio de Boadilla y los personajes vinculados con su historia me pareció de gran originalidad. Poder condensar en tan solo 300 palabras una pequeña narración, una historia, constituía un indudable reto que se completaba con una ilustración relacionada con el propio relato. La combinación era fantástica. A todo ello se sumaba la necesidad de utilizar una serie de palabras que condicionaban, en parte, la historia a desarrollar. Era imposible negarse a una propuesta tan interesante, por lo que Javier Úbeda, alcalde de Boadilla del Monte, y Javier Nicolás, concejal de Patrimonio Histórico, la acogieron de buen grado desde el principio.

El ayuntamiento de Boadilla del Monte y AEDAS Homes me propusieron como presidente de un jurado que había que conformar, así el reto continuaba. Decidimos que formasen parte del mismo diferentes personas vinculadas de una u otra forma con el palacio y el municipio de Boadilla del Monte y así nos pareció oportuno incluir a un representante de la universidad, en este caso mi gran amigo Fernando Vela Cossío, catedrático de historia de la arquitectura y vicerrector de la Universidad Politécnica de Madrid, un gran conocedor de nuestro palacio. Un periodista no podía faltar en el jurado y quien mejor que otro buen amigo, Abel Núñez Ovando, director de la revista Solo Boadilla. También consideramos adecuado contar con un ilustre vecino de Boadilla y no vacilé en llamar a mi admirado actor el gran Pepe Carabias, quien no dudó en aceptar la propuesta. La iniciativa social organizada también debía tener su representación y quién mejor que la Asociación de Amigos del Palacio de Boadilla a través de su presidenta Paloma Olmedo del Rosal, una gran conocedora de nuestro conjunto palaciego. Por supuesto AEDAS Homes debía incorporar un representante y he de decir que en este caso contar con José María González Romojaro, director de arquitectura, ha supuesto una auténtica satisfacción ya que desde un principio no solo apoyó y promovió el concurso, sino que también tengo la certeza de que ha disfrutado tanto como el resto del jurado con este reto. Desde estas líneas aprovecho para agradecerles a todos ellos que hayan participado de esta aventura tan ilusionante.

Han sido 355 los participantes, una cantidad nada desdeñable, sin embargo y por desgracia no todos fueron evaluados, ya que algunos no cumplían con las normas fijadas tanto en lo relativo a no sobrepasar el límite de 300 palabras, como en no utilizar adecuadamente las palabras establecidas. La lectura de los relatos fue ardua y evidenciaba que los autores de los textos y las ilustraciones habían leído e indagado sobre el conjunto palaciego y su historia, y muchos incluso lo habían visitado. Decidir los treinta microrrelatos que serían publicados y los tres ganadores no fue nada fácil. La calidad de los textos y la originalidad de las ilustraciones era en muchas ocasiones magnífica, pero al final el jurado llegó a la parte más “desagradable” de su labor: deliberar. Sin embargo, se había logrado cumplir uno de los objetivos: conocer, disfrutar y difundir el palacio del Infante don Luis entre los participantes, y ahora con este libro que tenemos entre las manos entre un mayor número de ciudadanos.



Sucedió en el palacio de Boadilla del Monte. Rocío Sánchez Muñoz

Sucedió en el palacio de Boadilla del Monte

Nuria Chicote Mendarozqueta

Cierto día, un visitante preguntó por qué estaba prohibido sacar fotos con flash. Don Rodríguez, el guía, le respondió solícitamente:

«Las luces intensas podrían atraer la atención de los espíritus de quienes un día habitaron estas salas, que todavía se pasean por el lugar. Comprenda que la tentación de hacerse fotos y convertirse en influencers resultaría irresistible para estos personajes, acostumbrados a dejar huellas profundas en los años convulsos que les tocó vivir.

»Imagine si no sería formidable para el fantasma del Infante Don Luis abrir un grupo de Facebook e intercambiar opiniones con otros amantes del arte. O discutir apasionadamente en un foro de naturalistas sobre las piezas más curiosas de su colección. O aún mejor: subir fotos junto a las ánimas de sus amigos Goya y Boccherini disfrutando de los jardines, tan espléndidos que cualquier persona (viva o muerta) los recorre con inmenso placer.

»¿Y qué me dice de María Teresa, la condesa de Chinchón? Encontraría enseguida apoyo en una comunidad de matrimonios infelices, y su alma volvería a revolotear contenta por sus aposentos, los cuales hasta el momento solo le traen oscuras memorias del hombre que no la amó.

»Por no hablar de la foto que más likes acapararía: la de su hija Carlota bailando con el apuesto espectro de un príncipe italiano, Camillo Ruspoli, por las restauradas salas del palacio.

»Claro que todo esto despertaría el enojo del espíritu de Don Ventura Rodríguez, pues hay gente que pasa más tiempo viendo fotos en internet que visitando tan espléndido lugar. No cabe duda de que el arquitecto dedicaría su esfuerzo (dentro y fuera de las redes) a recordar que no hay nada comparable a conocer el Palacio de Boadilla en persona. Todo ello advirtiéndolo, naturalmente, que no se hagan fotos con flash, por lo que pudiera pasar.»



La encrucijada del tiempo. Juan Manuel Izquierdo Garín

La encrucijada del tiempo

Carlos Izquierdo Pastor

I

Anochece. Las notas del minué se están apagando, aunque la fiesta continúa. Algún invitado se ha marchado ya. La música sube entrecortada al dormitorio a través de la escalera o de alguna ventana entreabierta.

En la planta superior hay más quietud; los invitados no suben si no se les indica.

- Antonia, debéis abandonar el palacio de manera discreta por las caballerizas. El servicio no puede encontraros mañana. Os indicaré un pasadizo. Nadie sospechará nada... ¡Os lo ruego!

- Don Luis. ¡Luis!...Si no hubiéramos abandonado el jardín, me habría bastado con el placer de miraros de lejos y bailar. Si me ven ahora sospecharán; estoy tan angustiada...

- No me atormentéis con vuestro enojo, os prometo ocasiones mil, pero ahora debéis abandonar rápido estas estancias.

Dejan atrás el dormitorio y pasan sobre la capilla, donde están entrado las tinieblas.

Nunca volverán a verse, pero ninguno de los dos lo sabe aún.

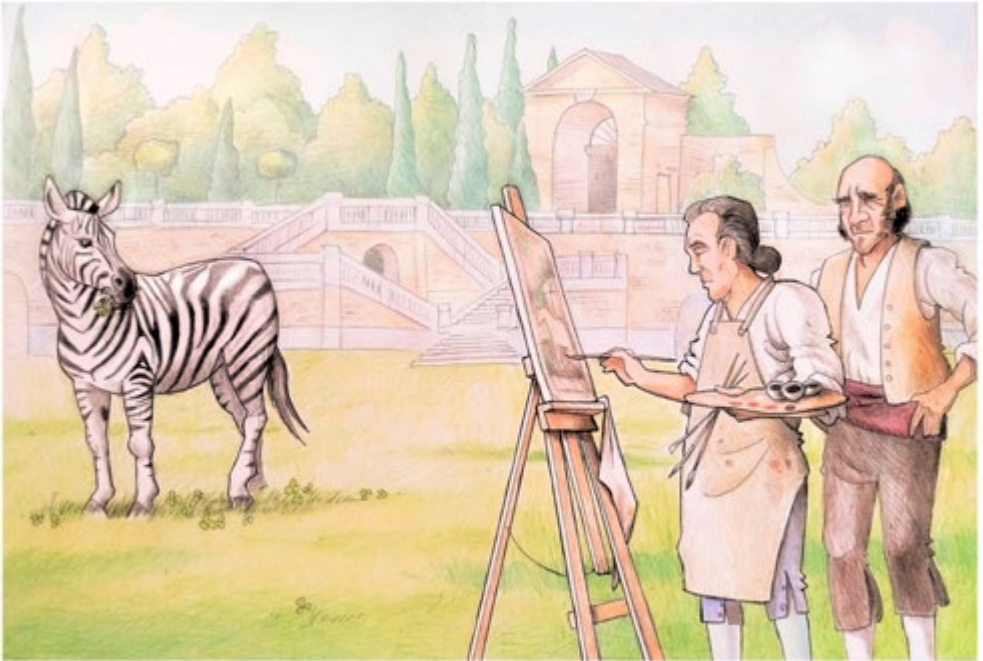
En las caballerizas, bajo el jardín francés, una sombra furtiva cruza entre los pilares. El oscuro y frío lugar parece desierto. Un entramado de columnas y arcos donde se confunde el camino de salida hacia los huertos.

II

(wasap Juan:)

-Estoy aterrado. ¡Me muero de miedo, tío! Fue fácil colarse de noche, pero la profunda oscuridad de esas caballerizas... Oía al fondo una música apagada; creía que mis colegas habían entrado antes que yo. Luego supe que no habían llegado a entrar y se quedaron fuera, buscando donde sentarse a beber las litronas que pillamos. Entonces, ¡estaba yo solo!

En eso, te juro que vi salir de un arco, entre las columnas de ladrillo, ¡una figura iluminada con una lámpara de esas antiguas...! ¡Aquella mujer venía hacia mí! Yo no vuelvo a ese sitio, ¡aunque sea de día!



El extraño mulo del Infante. Manuel García González

El extraño mulo del Infante

Manuel García González

Aunque el animal ramoneaba a placer y aparentemente tranquilo en el prado de trébol, a veces mostraba cierto enojo, dirigiendo una mirada desconfiada a la pareja de extraños personajes.

—Y ¿decía usted que es mozo de cuadra?

—De las cuadras de palacio, sí. Pero en más de cincuenta años de oficio nunca vi bestia tan rara como esta —dijo señalando con la mano.

—No haga movimientos bruscos, se lo pido. Y baje la voz —suplicó el pintor, con acento ligeramente afrancesado y sin levantar la mirada del equino, mientras mojaba cuidadosamente la punta del pincel en el pocillo de gouache color marrón carmelita.

El encargado no lo sabía, pero Luis Paret llevaba toda la mañana corriendo por los jardines de palacio con sus bártulos de pintura a cuestas, intentando acercarse a su modelo.

—Vaya mulo extraño ¡Con tanta raya blanca y negra! Ni sé cómo no le hacen bailar el pincel.

—Parece ser que se lo han traído al Infante, para su colección de fieras, unos mercaderes portugueses. Desde lo más profundo del África —aclaró el artista.

—¡Nada menos que desde el África! ¡Hasta Boadilla!

Al pronunciar estas palabras alzó uno de sus brazos repentinamente, lo que hizo que el animal diese un brinco, resoplase y se alejase trotando hacia otro extremo del jardín.

—Y, en realidad, no es mulo. Que es cebra —contestó Paret con un tono de resignación,

mientras se disponía de nuevo a recoger sus herramientas de pintura.



Carta de iniciación al culto del entretenimiento de compleja moralidad. Daniela Estada Lázaro

Carta de iniciación al culto del entretenimiento de compleja moralidad

Daniela Estada Lázaro

Querida amiga,

Me alegro de que ya empieces a apreciar la vida en palacio. No obstante, para asegurarte aprovecharla al máximo, permíteme darte unos consejos que garantizarán triunfo en tu estancia aquí, en Boadilla del Monte.

En primer lugar, has de llevar una máscara invisible adherida al rostro. Recuerda que no se te debe notar ni el enojo ni la tristeza, las mujeres de la corte solo estamos hechas para dar y recibir placer.

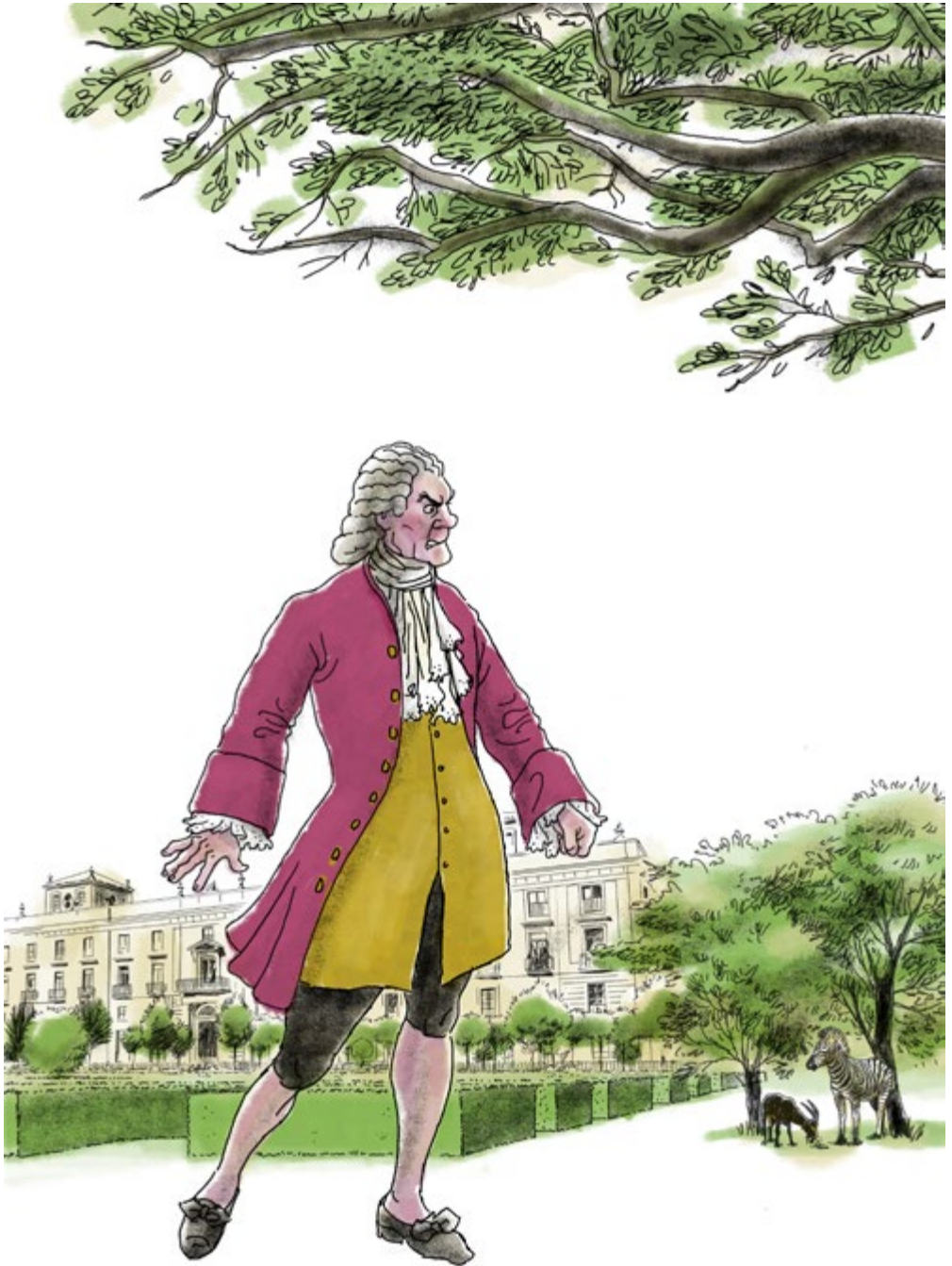
No sacrifiques nunca ir a la última moda. Para aprender a bailar con tus nuevos trajes, pídele a las damas que te vistan días antes del evento y ensaya los pasos. Acuérdate de practicar también mientras te imaginas que los invitados te adulan con la mirada, que no te pase como a otras que acabaron desmayadas y ahora son protagonistas de cartas de diferente propósito.

Si después se diera el caso de que algún adulator lograra conquistarte, acepta dar una vuelta por el jardín, pues en esa invitación hay menos inocencia que en un arma de caza.

No te olvides de que el afortunado cuente con un título, pues solo se miran con buenos ojos los deslices entre gente de bien. Intenta no encontrar el amor entre los hermosos diseños del maestro Ventura, y si lo haces, cuenta con tu astucia.

Y ahora, mi buena amiga, me has de prometer que si, por casualidad, en algunos de tus quehaceres o tertulias, te enteraras de algo digno de contar, me lo hagas saber de inmediato mediante misiva, pues del profundo hastío solo te salvarán los errores ajenos, los amoríos imposibles y el descuido del protocolo. ¡Te reconozco que nos dan el oxígeno que el corsé nos quita!

¡Bienvenida!



Merienda en el jardín. Miguel Angel Sáez Hernández

Merienda en el jardín

Avelino Sáez Hernández

-¡Las dejé aquí mismo! ¡Aquí! –Boccherini dio tal golpe en la mesa de juego que los naipes brincaron. Paolo se levantó de la silla.

-Pero maestro, cuando Petruccio y yo hemos llegado, la mesa estaba vacía.

-¡Mentís! Me la tenéis jurada desde que mi Mariquilla bailó con el Infante y él olvidó a esa fulana amiga vuestra, lo sé muy bien. Pero si esas partituras no aparecen, ¡no pararé hasta que don Luis os expulse de la orquesta!

Preso de un profundo enojo, el músico abandonó la sala.

-Apuesto cincuenta reales por Galatea –dijo Petruccio.

-Yo lo mismo por Amadís –respondió Paolo.

Ambos sacaron sus binoculares de teatro y se acercaron a la ventana.

Boccherini salió del palacio y, cruzando los jardines, se llegó hasta la mesa en la que el Infante paladeaba, con evidente placer, una taza de chocolate. Más allá Mariquilla, con los ojos vendados, perseguía a unas damas. El músico hizo una reverencia, revisó con disimulo la mesa del Infante, esquivó a Mariquilla, que a punto estuvo de darse de bruces con él, y prosiguió su camino, seguido por las risas de las mujeres.

Ya en las huertas, oyó una especie de relinchos. Allí estaba, atada a un árbol, la cebra que acababan de traer de África. Enfrente, atada a otro, un gran macho cabrío mascaba algo con fruición. La cebra le reprochaba ruidosamente no haber compartido el bocado. Y entonces, Boccherini lo vio.

-¡Mi minueto!

Una página yacía todavía intacta en el suelo, entre ambos animales. Pero el resto había desaparecido en las fauces de Amadís. No se sabía quién estaba más furioso, si la cebra Galatea, que seguía relinchando de indignación, o Boccherini, que se tiraba de los pelos mientras maldecía.

A lo lejos, en la ventana, Petruccio pagaba a Paolo.



Ay, alma mía. Emma Cordón del León

Ay, alma mía

Emma Cordón del León

El pavo real movía sus plumas de manera elegante, distinguida, haciendo honor a su título de “realeza”. El Infante Don Luis lo observaba desde la distancia mientras releía con placer alguna de las muchas cartas que había recibido, hacía ya muchos años, de su querida Antoñita. ¡Cuánto la añoraba! y cuánto sufría al ser consciente de que aquel amor, tan puro, profundo y a la vez tan prohibido, no era más que un bonito recuerdo. “¿Por qué se tuvo que ir a Portugal? ¿Dónde estará ahora? ¿Seguirá pensando en mí? Mi Chachiritita...” Suspiró apesadumbrado.

La pajarera era uno de sus refugios, un lugar que le ayudaba a olvidarse del desabrimiento de su joven esposa, María Teresa, y del trato tan lejano y frío que recibía desde hacía años de su querido hermano Carlos. No entendía las razones, y eso le producía una mezcla de tristeza y enojo.

Mientras, al otro lado del palacio, sus hijos - Luis María, María Teresa y María Luisa - bailaban al son de la música. Una música que salía de los salones de palacio y atravesaba las grandes puertas de madera mezclándose con los frutales, viñas y olivares que formaban parte del inmenso jardín que rodeaba al palacio. Esa noche habría una gran fiesta y los sirvientes recorrían de un lado a otro las grandes salas de palacio, nerviosos por terminar a tiempo la infinita lista de tareas que la condesa de Chinchón les había mandado hacer apenas unas horas antes.

El canto gorgojeante de un joven abejaruco cortó el tímido silencio que se había producido en la pajarera y varias de las aves se unieron formando un bello cántico. Luis Antonio sonrió por un momento y susurró para sus adentros - “Ay, alma mía, Ángel del Cielo, si tan solo pudieras ver esto...”



Una visita inesperada. Susana Salcedo Sanz

Una visita inesperada

Susana Salcedo Sanz

Hasta lo más profundo del jardín llegaban retazos de notas del maravilloso cuarteto de cuerda encargado de amenizar la fiesta más esperada de la temporada en el palacio de Boadilla del Monte. Era tarde y el anfitrión, cansado de bailar, había decidido pasar a otros menesteres más entretenidos, arrastrando a un puñado de sus invitados más allegados a esa zona preparada de antemano con todas las comodidades, donde les esperaban varias mozas deseosas de cumplir todos sus deseos.

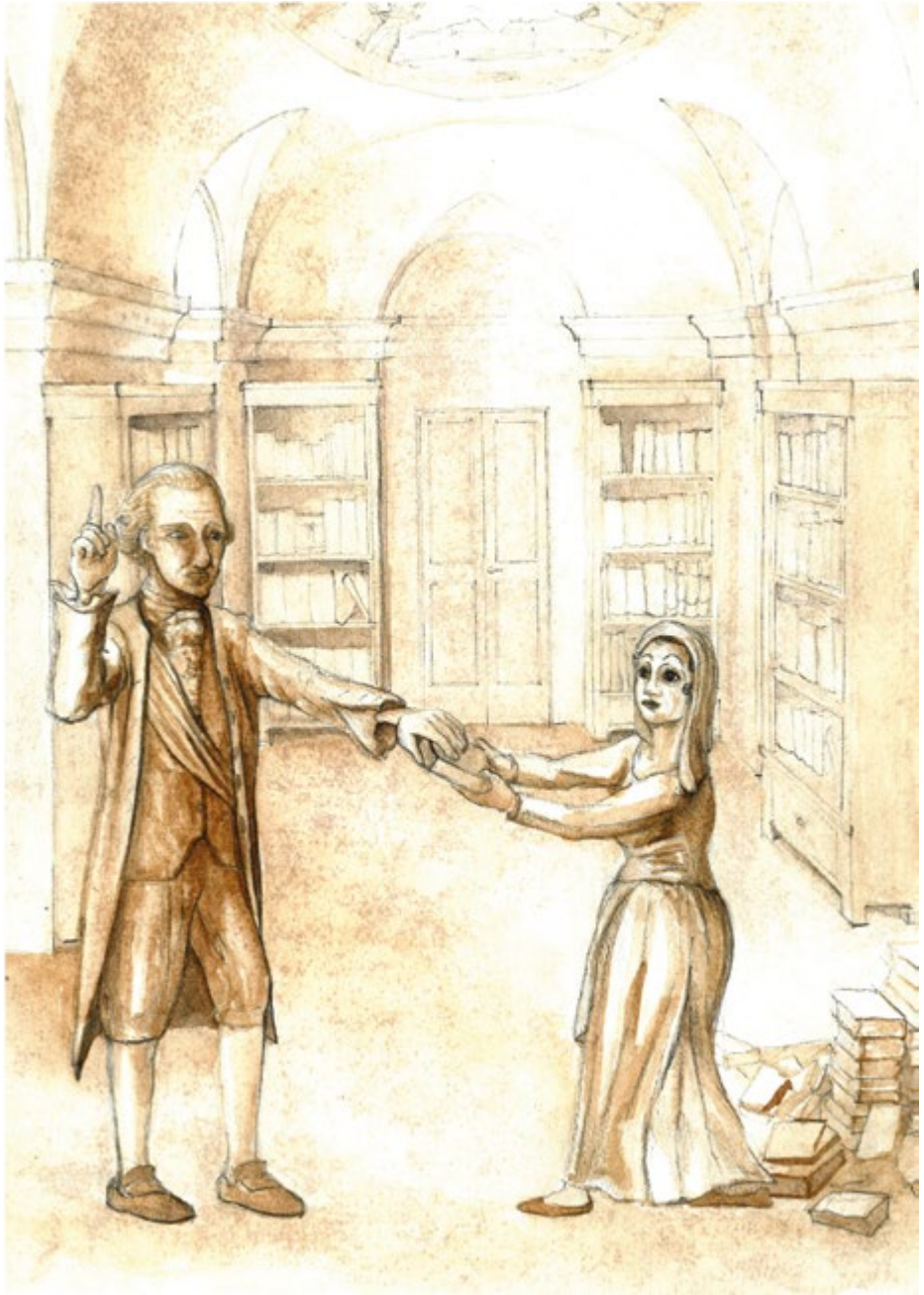
En aquel rincón bajo las estrellas custodiado por arbustos y estatuas, testigos mudos de su diversión, comenzaron con el popular, a la par que clandestino, juego de las prendas. Un estoico ayuda de cámara apostado unos metros más allá daría la voz de alarma en caso necesario.

Entre risas y sonidos de placer, los jugadores dejaron a un lado su habitual comportamiento encorsetado y dieron rienda suelta a su imaginación. Ninguno de ellos se apercibió de que la música había cesado repentinamente. Nadie escuchó el ruido de la comitiva que atravesaba el jardín guiada por un mayordomo con gesto adusto que portaba un farol, en dirección a la zona de juegos de su Alteza Real. Tampoco lo hizo el ayuda de cámara que, aburrido en su puesto de guardia, había cedido a la tentación de una cabezadita.

El jolgorio se acalló poco a poco cuando los invitados allí presentes se vieron sorprendidos en actitud bochornosa. El Infante se colocó precariamente la peluca torcida y atinó a ajustarse las calzas, últimas prendas de su posesión. ¿Quién osaba interrumpir sus actividades nocturnas?

A la suave luz de los faroles reconoció las facciones de su hermano, el rey, que lo miraba con el semblante de enojo perpetuo reservado para él.

-Querido Carlos -dijo con una sonrisa burlona-. ¿Te unes a nosotros?



La biblioteca. Stefano Crivellari

La biblioteca

Manuel González Casaus

Rosario acababa de cumplir catorce años cuando le ofrecieron trabajo como ayudante de cocina en el nuevo palacio. Toda su familia había nacido en Boadilla, ese pequeño pueblo olvidado de la mano de Dios, hasta que el hermano del Rey decidió construir allí ese imponente palacio. La joven lo aceptó con placer, viendo además de un medio para ayudar a su familia, una oportunidad para modificar su inevitable destino. Su vida cambió cuando hace dos años iniciaron las obras del palacio. Entonces aparecieron personas con oficios de los que ni siquiera había oído hablar: artesanos, pintores, jardineros, ... Cada vez que podía, Rosario se escapaba para observar a aquella gente extraña, oculta entre los árboles del nuevo jardín, en el que aseguraban que celebrarían elegantes bailes.

Llevaba ya unos meses trabajando, y a pesar de las duras jornadas, Rosario seguía feliz. Todavía no se había cruzado con el Infante, pero todos decían que era amable y educado.

Tampoco había podido conocer las dependencias del palacio, más allá de las cocinas. Una noche se aventuró a recorrer sigilosamente uno de los pasillos. Estaba maravillada contemplando los espectaculares cuadros que lo adornaban, cuando escuchó unos pasos acercándose. Tratando de ocultarse, se coló por la primera puerta apareciendo en una estancia llena de libros. Rosario nunca había tenido un libro entre sus manos, por lo que no pudo resistirse a tomar con mimo uno de ellos. En ese mismo momento, irrumpió D. Luis en la biblioteca. Con cara de enojo, el Infante preguntó:

- ¿Te gusta leer?

Rosario, todavía con el libro entre las manos, respondió en un susurro:

- No sé leer, Señor. Pero me gustaría.

El Infante, conmovido, con voz profunda sentenció:

- Puedes quedártelo y aprender.

Era un ejemplar de “La Biblia”, que todavía hoy preside la biblioteca de mi casa.



Ojos de mariposa. Estela Munera Canfran

Ojos de mariposa

Estela Munera Canfran

Alcé el vuelo desde un encinar cercano buscando evadirme del ruidoso aleteo de mis semejantes. Los hados quisieron que siguiera el curso de un arroyo monte a través, hasta toparme con un muro de ladrillo que flanqueaba un portón de hierro, el cual, atravesé sin dificultad.

Tras él, descubrí una amplia explanada con geométricos campos de cultivo, que los labriegos trabajaban a placer. Al fondo, dominando la escena, podía divisarse una imponente construcción de cuatro alturas coronada con dos torrecillas, a la que decidí acercarme, no sin antes verme inevitablemente atraída a explorar los hermosos jardines que nos separaban. En ellos, árboles, plantas y flores se agrupaban con gracia en coloridas y ordenadas composiciones.

Mientras me deleitaba la visión de semejante vergel, captó mi atención una curiosa criatura rayada que deambulaba despreocupadamente entre los parterres. Sintiendo mi presencia, alzó la cabeza.

Para entonces, comencé a sentir el pesado calor del mediodía que me condujo a reposar en una cercana fuente. En ese instante tornó fatal mi suerte. La red de un harapiento niño me había hecho prisionera. Enseguida la oscuridad me envolvió.

Cuando la luz regresó, me descubrí con enojo entre las paredes de una campana de cristal, bajo el atento escrutinio de unos ojos color azul profundo que, tras unos interminables instantes, se alejaron permitiéndome divisar al resto del caballero que los acompañaba, junto con la gran estancia en la que me hallaba. Esta, se encontraba repleta de expositores con animales de toda clase, estantes colmados de libros, extraños objetos y paredes forradas de imágenes con representaciones de la naturaleza nunca vistas.

Allí permanecí encerrada hasta que, extenuada, dejé de bailar para quedar inmortalizada en esa sala, alojada en una vitrina rodeada de otros especímenes sobre la leyenda que rezaba *Euphydryas aurinia*.



De Boadilla a Versailles. Ximena Meier

De Boadilla a Versalles

Mario Cuesta

“Ya no podrán humillarme de nuevo. No volverán a pisotear mi linaje”. Con esa querencia por el enojo melodramático, tan propio de la baronesa, la aristócrata se frotaba las manos enguantadas, para combatir el frío impenitente que arrastraba el viento desde las cumbres de Guadarrama. Estaba parada frente al palacio del Infante Don Luis, fallecido hacía cuatro años, aquel que fue su valedor cuando ella enviudó tan joven y las malas lenguas llamaban su amante. Cuántas veladas exquisitas había disfrutado entre esos muros, cuánto había bailado en sus salones. Aún resonaba en su oído la voz profunda de Goya, los requiebros de Paret y los acordes de Boccherini. El aire seguía impregnado con el olor de los animales exóticos que Don Luis había traído de medio mundo. La baronesa había pagado un alto precio por aquellos placeres, es cierto. Tan cercana estuvo al Infante que le impusieron su misma suerte. También a ella la alejaron de la Corte, sin el oprobio del desdichado Paret, aunque con igual descaro. “Pero eso se acabó, no volverán a ultrajar mi linaje”. Había comprometido a Mercedes, su hija, con un marqués en Francia, coracero de Luis XVI, al que el monarca tenía en la más alta estima. “La francesa, esa sí es una corte refinada, y no esta, donde ni todas las flores del Jardín Botánico aplacan el aliento a torrezno”. En abril Merceditas contraería nupcias con el gallardo coracero. Madre e hija se instalarían en París, sacudiéndose el polvo de los zapatos cuando cruzaran los Pirineos. Versalles sería su regreso a Boadilla. En adelante, volvería a alzar orgullosa la cabeza sobre los hombros, como los pavos reales que corrieron un día por estos jardines. En ese verano de 1789 la baronesa encontraría, por fin, una revolución para su penosa desventura.



Arzobispo de Toledo y Conde de Chinchón. Rafael Ramírez Camacho

Arzobispo de Toledo y Conde de Chinchón

Rafael Ramírez Camacho

¡Ay, don Luis, don Luis, arzobispo de Toledo y conde de Chinchón, y no te quiere en la Corte quien debiera ser tu valedor! Buscas habitación a más de veinte leguas de tu tierra castellana el refugio que te niegan. Porque tu hermano, el Monarca, no te desea junto a sí. Quien elimina rivales que puedan hacerle sombra, tiene poder para permitir que cases con moza garrida, aunque de casta menor: «Vengo a concederle permiso para que pueda contraer de conciencia, esto es, con persona desigual, según él me lo ha pedido».

Corte de artistas que entretengan la melancolía que te invade conforme entra la tarde desde la ventana donde vislumbras, tras el jardín, la lejanía de chaparras y lentiscos donde se alargan las sombras en sentido a la capital de las dos Españas. Desde la capilla te alcanza el lejano punteo del clavecín, al tiempo que divisas alejarse en dirección de Madrid, la calesa de pintor que te proporciona el placer de retratar un perfil hastiado que se rodea de circunspectos familiares, siervos y consejeros, deseosos de bailar en el calor de la tarde, en lugar de posar para Goya.

Que hasta la morada que habitas tenga presencia menor que el nuevo palacio que el rey Felipe encargó sobre el solar del viejo Alcázar Real que se llevó el incendio de Nochebuena, porque no es malo que entrara en esta vieja nación el saber de la Ilustración que avanza por toda Europa.

Te causa profundo enojo la indicación Real. Ya te encargarás de que su interior tenga la prestancia que merece tu clase y señorío, aunque se oculte detrás de una fachada austera, más propia del mismo Cadalso de los Vidrios o de tu morada en Arenas.

¡Ay, don Luis! ¡Siempre cerca y siempre lejos!



Al compás del minueto. Carmen Rey Díaz

Al compás del minueto

Isaac Courel Valcarce

El Infante contemplaba desde el salón de música los jardines de palacio, bañados en la luz dorada del otoño. Después de un rato absorto en la perfección del paisaje que ordenaba en figuras geométricas los parterres de flores, se sentó al clave y tocó dos sonatinas. El ayuda de cámara interrumpió su placentero pasatiempo.

—¿Quién os ha permitido...? —exclamó el Infante con profundo enojo.

—Alteza —balbuceó—. Es un mensaje. De don Luis Paret — Agitó un sobre en el aire.

—¿El pintor? Sí, lo esperaba, traed.

Lo rasgó y extrajo la cuartilla. Sonrió satisfecho, su alcahuete había conseguido invitar a otra doncella al baile que aquella noche se daría en el palacio. Ponderaba vivamente su hermosura:

“... le he propuesto que pose para mí —y para vos, por supuesto— en el estudio de pintura. Tal vez un Nacimiento de Venus, una Dafne perseguida por Apolo, una Susana espiada por los viejos. Lo que a Su Alteza se le antoje...”

Esa noche el palacio del Infante lucía en todo su esplendor. Las lámparas de cristal de roca bañaban en luz los salones. Desde el jardín, iluminado con antorchas, se escuchaban las risas de los invitados y los sonos de la orquesta de cámara que, en aquel momento, estrenaba la última obra de Boccherini: el Minueto. El Infante miraba fijamente a los ojos a la invitada que le había proporcionado el pintor mientras bailaban al son de los galantes compases desgranados por los violines.

—Me ha dicho don Luis que posaréis para él.

—Así es, Alteza. Mañana.

—Pues, siendo yo el que le encarga la obra, imagino que tendré derecho a, cómo lo diría, supervisar su ejecución. Sería para mí un placer contemplar... al artista trabajando.

La bofetada restalló como un látigo. Taconeo furiosa hacia la salida.

—¿Cómo osáis?



La favorita. Maite Vitar Cabrera

La favorita

Gonzalo Toledano Rodríguez de la Pica

Se desconoce el día exacto de su llegada a los jardines del palacio pero sí se sabe, a ciencia cierta, del favoritismo que le profesaba el Infante D. Luis, ya fuera por su belleza o la majestuosidad de la que solía hacer gala.

Lástima que hoy, de buena mañana y a escasos metros de la Fuente de las Conchas, han hallado su cuerpo inerte. Paradójicamente, en el mismo lugar donde tantas noches de estío bailó al son del hermoso trinar proveniente de la casa de aves.

¿Quién será el osado que informe al Infante de tamaña desgracia? ¿Quién de nosotros sufrirá el mayor de sus enojos? Y así, mientras unos y otros nos pasamos la patata caliente, la bella, tendida en el suelo, se derrite cuan témpano de hielo en agosto.

Finalmente, tras varios dimes y diretes, Sebastiana ha salvado nuestra honra dando parte a los criados de Palacio. Ellos, más duchos en asuntos diplomáticos, sabrán notificar la dicha con el tacto requerido.

Un vaso de agua tibia es lo que ha pedido el Infante tras conocer el suceso. Desde la muerte de Felipe de Castilla, años ha, no hay noble en esta bendita España que resuelva beber agua fría en verano. Tan peligroso placer, sólo está reservado a los desarrapados como un servidor.

Compungido, el profundo alarido de D. Luis ha sido escuchado en varias leguas a la redonda. “Ha muerto la protegida del Señor”, comentan los paisanos. “Sí, ha fallecido la de belleza sin igual”, me digo a mí mismo, cariacontecido y en la soledad de un establo vacío.

El Infante maldice su suerte, de igual manera que lo hace el harapiento y es que el amor no conoce condición. Por eso, ambos derramamos lágrimas, porque hoy murió la cebra del palacio.



El Palacio de los tres Luises. Carlos Marqués Fernández

El Palacio de los tres Luises

Carlos Marqués Fernández

Entre el jardín hipodámico y el surtidor de Ventura, se hallaba el palacio de los tres Luises: el del arco y las cuerdas, el del pincel y el pigmento, el de la posición y el dinero. El uno hacía bailar a la corte, el dos proveía placer visual al tercero.

El asunto se torció cuando el segundo arrebató lo que frota al primero y con erráticas flechas de Eros atravesó el corazón del último.

Cuando Carlos lo supo, experimentó un profundo enojo, mandó al segundo a Puerto Rico, sustituyó Boadilla por San Pedro, mas el nuevo Luis fue Francisco.



De lo que aconteció del Infante y su hija. David Acebes San Pedro

De lo que aconteció del Infante y su hija

David Acebes San Pedro

Sepa usted que por aquellos días decidimos el manco Baltasar y yo apaciguarnos un tanto y entrar al servicio del Infante don Luis, a la sazón, hermano del Rey. Allí, en su palacio de ladrillo rojo, no es que viviéramos en abundancia, que es cosa de santos, pero sí que nuestras desdichas menguaron y hasta diría que estuvimos cerca de saborear los labios de la ventura. Sin embargo, para nuestro infortunio, aconteció también que en aquel palacete vivía su hija María Teresa, que era una beldad y la misma imagen de Cleopatra. Baltasar, de suyo que la vio, la hizo flor de sus deseos, y de nada sirvió que yo le advirtiera, pues una noche, desde el jardín, escuché unos inquietantes gemidos tras el quicio de una puerta. Temeroso, la abrí y lo que vi allí fue todo vicio. Emplazada por detrás, como caballo a yegua, los pechos de la reina Cleopatra bailaban acompasados, siendo aquella visión extraordinaria, pues créanme si le digo que mi camarada, con una sola mano, era más que apto para sobar sus dos arrojos al mismo tiempo. Asustado, no sé si grité o lo que dije. Lo que sí que recuerdo es que yo también me bajé los calzones y que, en un plis-plas, compartí el placer real al tiempo que vislumbraba el placer de mi amigo. Si bien poco duró este, pues, alertado por los gritos de su hija, don Luis nos oyó y, al descubrirnos, maldijo nuestros nombres, jurando con su enojo más profundo que haría con nuestros miembros un sabroso caldo de nabos. Y sepa usted que no fue de nuestro gusto aquella amenaza de receta y que, tal y como llegamos, Baltasar y yo pusimos pies en polvorosa, no dejando de correr hasta que nuestro género se halló a buen recaudo.



Sonata para un Infante. Ricardo Sánchez Rodríguez

Sonata para un Infante

Jose Luis Hernández Garvi

Los ojos del Infante don Luis, de mirada azul profundo, se perdieron entre las copas del encinar que amaba. Por un momento, la contemplación del paisaje le hizo olvidar el desasosiego que le causaba su enojo. Las últimas noticias confirmaban su destierro lejos de la corte. Así lo habían impuesto sus propios hermanos, amparados por una ley arcaica que esgrimieron contra él, temerosos de que pudiera arrebatárles reinos y súbditos.

A lo largo de su vida otros habían decidido por él. Cuando apenas era un niño y solo le interesaban los bichos y animales que encontraba en sus excursiones por la Casa de Campo le vistieron con la muceta carmesí de cardenal. Creyó ingenuamente que su renuncia a la vida eclesiástica le devolvería la libertad para disfrutar del placer de las artes que elevaban su espíritu, de la misma forma que su deseo de formar su propia familia se vio frustrado por una esposa que ante su desdicha le reprochó amargamente que ya no pudieran volver a bailar en la corte de Madrid.

Con las manos apoyadas en la balaustrada de la terraza que se abría a la huerta lozana del palacio de Boadilla, el Infante dejó escapar un hondo suspiro ante la perspectiva de abandonar todo aquello. En el jardín, los músicos aguardaban bajo el jazmín y las jacarandas. El maestro Boccherini sostenía el violonchelo con delicadeza de virtuoso mientras contemplaba la figura espigada de su mecenas, recortada a contraluz sobre el verde intenso de la dehesa bajo un cielo límpido de azul radiante.

El Infante se volvió abrumado por la crueldad de la separación impuesta. Fue entonces cuando los músicos, dirigidos por el maestro, interpretaron las primeras notas de una sonata. Don Luis detuvo sus pasos y escuchó con deleite aquella hermosa despedida.



Tuve un sueño. Pedro Serrano Jorge

Tuve un sueño

Pedro Serrano Jorge

Tuve un sueño mientras dormía en mi dormitorio del Palacio del Buen Retiro de Madrid. En el sueño me encontraba en un hermoso y placido jardín donde paseaba en paz. Mis pies parecían volar y bailar por el camino al ritmo de la música de Boccherini, libre del enojo de las intrigas palaciegas que he vivido desde que era niño. Sé mi lugar en esta partida de ajedrez, soy una pieza que apoya a mi rey, a mi hermano, y sólo quiero lo mejor para él y para mi país, pero también busco mi propia fortuna. ¿Acaso no puedo desearla?

En ese lugar idílico de la ensoñación, tras salir del jardín, me topé con un majestuoso palacio y entré en él. Allí encontré distintas salas con obras de arte que no conocía y que sin embargo sabía que tenían relación conmigo, como si yo fuera su génesis, la semilla de las mismas. Vi a artistas como Luis Paret o Francisco de Goya que me comentaban las maravillas salidas de sus prodigiosas manos. Sus palabras eran un bálsamo para mí. Era mi oasis de placer y felicidad. En lo más profundo de mi ser sabía que por fin había encontrado mi verdadero hogar. Me sentía en casa por primera vez.

Y entonces, desperté y deseé volver a dormir, regresar a ese edén, pero no podía y me sentí triste. Fui a desayunar recordando, melancólico, mi visita al paraíso. Viendo mi desasosiego un consejero del Cuarto del Infante, mi pequeña corte, al que le confesé mi pesar me habló:

-Mi señor Luis, ha llegado a mis oídos un lugar que debería visitar. Es una población que se llama Boadilla.

La información, sin saber la razón, me dio esperanza. Tal vez me acerque a esa localidad. Puede que mi destino esté allí.



Testigo perenne. Marta Argüeso Estirado

Testigo perenne

Alberto Porras Fernández

Jardinero entró al servicio del Infante don Luis cuando terminaron su palacio. No sabía quién había diseñado los jardines, pero sabía que había hecho un buen trabajo. Por supuesto, Jardinero no era el único que cuidaba del jardín, pero era el único que lo amaba, desde lo más profundo de su corazón.

Jardinero no podía hablar; tampoco quería hacerlo, pues no conocía las palabras para expresar todo lo que sentía. Y el jardín se prestaba a sentir mucho.

Jardinero, al igual que el resto del servicio, disfrutaba viendo bailar a los engalanados aristócratas. Pero solo él veía, de forma recurrente, al caballero sigiloso colar a distintas damas en palacio, aprovechando el barullo, para más placer del Infante.

Jardinero, al igual que los demás residentes del palacio, se deleitaba con el rumor del agua que manaba de las fuentes. Pero solo él escuchó los pasos de los individuos que se llevaron para siempre al caballero sigiloso.

Jardinero, al igual que los pájaros, apreciaba el aroma de las plantas. Pero solo él distinguía el olor de las flores silvestres que el caballero músico traía del bosque para su esposa amada.

Jardinero, al igual que la tierra que pisaba, sentía el enojo de don Luis tras una mala cacería. Pero solo él sintió el pesar que le invadió cuando tuvo que abandonar el palacio.

Junto con don Luis, muchos de los residentes del palacio se fueron. Pero Jardinero se quedó. No podía abandonar su jardín. Durante años esperó a que el Infante volviera, y llenara de nuevo de música, arte y vida el palacio. Pero don Luis nunca volvió.

Jardinero, al igual que los pocos sirvientes que quedaron, se convirtió en un anciano gris y arrugado. Pero solo él, llegado el momento, se convirtió en el jardín que amaba.



Bastón, batuta y pluma. Enrique Rius Peña

Bastón, batuta y pluma

Enrique Rius Peña

A la atención de Maese Luiggi Bocherinni,

Querido maestro, escribo alejado involuntariamente de mi adorada Boadilla mientras escucho con cierto enojo una pobre interpretación de su magnífico Quintettino de “noches de Madrid”. Le agradecerá saber que las damas no se resisten a bailar, con evidente placer, los reconocibles acordes en el jardín de palacio.

Mucho, y bien he vivido. Renunciando a mis prerrogativas eclesiásticas, obtuve una libertad inusual para los de mi cuna. He amado profundo, no hablo ahora de mujeres sino arte, ciencia, naturaleza. Vida.

Pero no querría aburrirle. Música non nata aguarda.

Su ocupación y prestigio franquean puertas. Evitan preguntas. Ambas cosas necesito, amén de la discreción de un amigo. Bien conoce los siempre justos premios de mi hermano el rey a la falta de ejemplaridad.

He sabido que en breve parte a París. Mi estado no me permite acompañarle como tal sería mi deseo. Le agradecería sumamente la entrega del manuscrito que acompaña a estas letras.

Necesito evitar los canales oficiales por la naturaleza de su contenido y la condición del destinatario.

Justo es que sepa lo que transporta. No otra cosa que mis vivencias, experiencias. Amor. Los guardianes de la moral las juzgarían demasiadas y excesivas. Pero así, con todos sus matices, aristas, texturas, es la vida. Mi vida.

Deberá entregarla en la Bastilla. A su segura pregunta, mis facultades mentales siguen siéndome fieles. No es reo común. Pocas veces nobleza, inteligencia y sensibilidad han caminado tan de la mano. Su nombre: Donatien Alphonse François de Sade. Marqués.

Poco puedo ofrecerle ya en pago más que eterna gratitud y la oportunidad de conocer a un hombre excepcional.

Se despide, solo Dios sabe si para siempre, su amigo,

Luis Antonio Jaime de Borbón y Farnesio

Arenas de San Pedro a 15 de junio de 1785.



El sueño de las tres generaciones. Agapito Martín Hernández

El sueño de las tres generaciones

Agapito Martín Hernández

Tanto había oído hablar del palacio, tanto lo había soñado que le parecía haber vuelto al hogar. Rebosante de pasiones, de baile, de música y arte, recuerdos mudos grabados en paredes y muros entre los que ella no tuvo ocasión de vivir.

Carlota, después de supervisar la preparación de la capilla, ensimismada en sus pensamientos escucho música en la distancia, y con inquietud fue a buscar su origen. Subió las escaleras y al entrar en la estancia que antaño se utilizaba como sala de baile, sintió un fuerte golpe.

Un grupo de personas bailaban con placer y ella misma se sintió arrastrada a la fiesta. Con sorpresa y admiración pudo ver y escuchar a su abuelo, el Infante Don Luis, que ajeno a su presencia charlaba, con cierto enojo, con un pequeño grupo.

- Ventura, le oyó decir, no voy a acometer las nuevas reformas proyectadas, el Rey, mi hermano Carlos, me ha otorgado licencia real de matrimonio, ha dictado una dura pragmática, tengo que dejar este palacio y alejarme de la corte. He aceptado, sabéis lo que deseo tener una familia. Es un momento amargo, pero estoy feliz.

- Hija, ¿estás bien?, su madre, M^a Teresa, arrodillada a su lado la miraba con ternura.

- Se ha descolgado una lámpara y te has llevado un fuerte golpe. Esta todo un poco abandonado, pero, de prisa, estoy llegando al lugar donde debí nacer y debería descansar tu abuelo.

Se levantó confundida, con un profundo dolor de cabeza, y se dirigió al ventanal. Miró hacia atrás, la estancia vacía le hablaba en silencio. Estaba sola.

En el exterior contempló con nostalgia el espacio donde antaño había lucido el jardín en todo su esplendor. A menos de media legua se aproximaba la comitiva con los restos de su madre.



La carta que cambió mi vida. Leticia Pla Escribano

La carta que cambió mi vida

Ditar de Luna

Cincuenta años. Ese es el tiempo que ha pasado desde la última vez que estuve aquí. Los jardines restaurados del palacio del Infante don Luis apenas se parecen ya a los de mi infancia, pero los recuerdos permanecen. Una época dura la del Auxilio Social.

Mi vida cambió una mañana cuando, enojada tras un castigo de las monjas, me escapé a mi lugar favorito del jardín. La noche anterior había caído una tormenta terrible en Boadilla del Monte y, la tierra removida, hizo aparecer ante mis ojos una caja de metal. Lo que descubrí en su interior transformaría mi mundo para siempre: unas hojas de papel manuscritas con una letra que parecía muy antigua. Me temblaron las manos cuando supe a quién pertenecían. En ellas, el mismísimo Infante se lamentaba por verse forzado a abandonar el idílico paraíso que había creado. Imposición de su hermano, el rey Carlos III. Con un profundo amor, él recordaba los mejores momentos vividos allí y yo los atesoré como si fuesen míos.

Así, comencé a soñar que era yo quien bailaba al son de la música de Boccherini, quien oía misa desde la tribuna de la capilla recreándome en aquella belleza celestial diseñada por Ventura Rodríguez, quien admiraba mis colecciones de cuadros, esculturas, monedas, animales exóticos y objetos raros procedentes de todo el mundo. Pero mi mayor placer era imaginar que poseía la mejor biblioteca de Europa, porque los libros siempre fueron mi pasión. A ellos he dedicado mi vida.

Y, ahora, que mi tiempo llega a su fin, dejaré la carta y la caja en el mismo sitio en el que los encontré, incluyendo un pequeño texto de mi propia autoría. En el futuro, alguien lo hallará y comprenderá. Comienza así:

«El legado de un Infante fue la ilusión de esta niña».



Sueños de palacio

Ana Cuervo Arango Pulín

Aún plenos de abrigo dorado relucen al sol los chopos amarillos, como si del verano hubieran tomado el calor convirtiéndolo en oro; una suave brisa del sur los agita dulcemente.

A sus pies corre el pequeño regato, en cuyo reflejo, con coquetería, tantas veces ella arregla su peinado.

Espera anhelante los pasos que delatan la llegada del Infante; sabe que él atravesará, como otras tardes, el bosque de quejigos y encinas y llegará, al fin, portando en su mano un pequeño ramo de aguavientos que a veces recoge en el camino y que a ella le permiten soñar con el roce de su mano enguantada, confirmando que no solo las damas que visten en la corte suaves rasos de colores pastel pueden hacer vibrar al Infante.

Desde hace semanas, él abandona el oropel de palacio; y simulando el estudio de las plantas del entorno, se escapa y deja atrás su cita con bellos conciertos de cuerda de Vivaldi y Boccherini que fueron hasta ahora su pasión, de tal modo que su ausencia levanta ya murmuraciones en su entorno, pues ya no le distraen tampoco las bellas colecciones que atesora en el sótano de palacio, donde antaño pasó las horas contemplando espléndidas miniaturas y otras muy diversas colecciones que hacían sus delicias, de las que luego habla a su amada.

Y ella lo escucha mientras sueña y sueña con esponsales en la bellísima capilla de cúpula oculta que alberga el palacio. Allí le aguarda el lujo que siempre le fue ajeno y que espera que le hará olvidar las muchas canas que, bajo su peluca empolvada, delatan la edad del Infante.

Se imagina bailando en el jardín de palacio, disfrutando con placer del profundo enojo de las damas de alta alcurnia y gesto envarado a las que su belleza eclipsa



Debilidad. Alejandro Ruiz de la Puente

Debilidad

Alejandro Ruiz de la Puente

“¡Qué horroroso es el amor!” pensó la condesa de Villena mientras espiaba por la rendija. Solo unas horas antes, cuando cansada de bailar sobre los dichosos zapatos conversaba en el balcón con el marqués de Mirabel, se había sentido tan débil ante la dureza y hermosura de sus ojos que —en un desesperado intento por impresionarlo— había decidido regalarle uno de sus descubrimientos científicos más preciados: unas bayitas rojas, muy venenosas, desconocidas para los enciclopedistas franceses, que una mujer indígena le había mostrado en las Américas y que, a su vuelta, había comenzado a cultivar secretamente a la espera de que alguna gaceta publicara su artículo al respecto.

Y ahora, escondida tras la puerta del salón de caballeros, veía con estupefacción cómo el marqués —que había guardado desdeñoso las bayas en su casaca para después interrumpirla como si el asunto careciera de importancia— se atribuía el hallazgo frente a un corro de amigos que aplaudía con estruendo y aspiraba rapé.

Presa de un profundo enojo, la condesa echó a correr, bajó con precipitación las marmóreas escaleras del palacio y se adentró en los jardines. ¡Ladrón infame! ¡Vileza semejante! ¡Y qué estúpida había sido! Al reclinarse sobre la fuente, la condesa se sintió derrotada, pues en una sola noche había perdido su orgullo, su corazón y sus bayas. A lo lejos se escuchaban todavía la música del clavicordio y la algarabía del placer.

Pero, de pronto, levantó la cabeza. Ahora que lo pensaba, la interrupción del marqués había impedido que le hablara del veneno de la planta, que algunas tribus americanas utilizaban para emponzoñar sus flechas. La condesa sonrió entonces y resolvió que, en su próximo momento de debilidad, bajo la luz de los candelabros, miraría al marqués y le explicaría —amorosa— lo tónicos que resultaban las bayitas en infusión.



Despedida. Cristina Estefanía Barros

Despedida

Antonia María Barros Pena

Dos hombres caminan por el bosque que rodea el palacio. Atardece. La luz dorada trepa por las hojas de los árboles pintados de otoño. La calma envuelve el paisaje como una manta y atenúa los sonidos del bosque.

Los hombres conversan. Son amigos. También son hermanos. Han compartido innumerables jornadas de caza que se han convertido, últimamente, en largas caminatas sin más objeto que el placer de la conversación y la mutua compañía. Entre ellos se ha ido tejiendo una confianza y una complicidad que les hace sentir confortables incluso cuando no hay mucho que decir.

Hoy habría mucho que decir y, sin embargo, largos silencios sobrevuelan y se posan sobre la conversación. Cuando el paseo termine y los amigos lleguen de nuevo al jardín del palacio se despedirán. No hasta el próximo encuentro. Se despedirán para siempre.

El rey ha ordenado a uno de ellos, el dueño del palacio alrededor del que pasean, que abandone la provincia de Madrid y fije su residencia lejos de la Corte y de los Reales Sitios. Los dos amigos comprenden y aceptan la decisión. Pero, aunque no alimentan el enojo, una profunda congoja anida en el pecho de ambos.

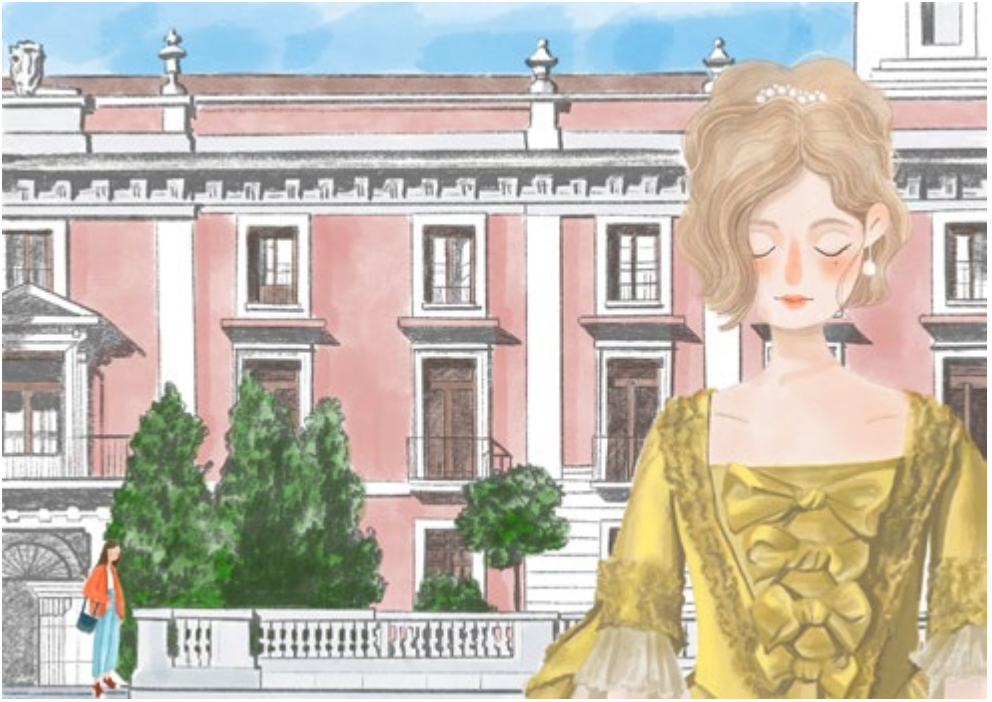
Don Luis dejará el palacio que ha sido su hogar durante más de diez años. Desde sus ventanas ha contemplado el amplio paisaje por el que ahora pasean; en sus salones han bailado las alegres danzas compuestas por los músicos que él ha apadrinado; de sus paredes cuelgan las valiosas obras que constituyen su colección de arte. Allí se quedará, en fin, su capricho y principal orgullo: el magnífico gabinete de Historia Natural.

Abandonará todo esto para cumplir la voluntad del rey.

Termina el paseo. Los dos caminantes se despiden en la puerta del palacio.

-Hasta siempre, hermano.

-Adiós, Majestad.



El segundo escalón. Eva Losada Díaz

El segundo escalón

Paloma Díaz Lobato

Un vestido de seda en color azul ribeteado con puntillas enmarcaba sus facciones suaves. Nuestras miradas se encontraron por un instante. En el fondo de sus profundos ojos castaños observé cierto temor. Mientras la contemplaba descender la escalera para adentrarse en el jardín volvió la cabeza para mirarme. Todo en ella resultaba desvaído, como recién desempolvado. La seguí con la mirada hasta que la vi perderse entre los parterres y bosquetes del jardín Versallesco.

Tiempo después regresé al palacio para completar la visita que había hecho semanas atrás.

La misteriosa mujer apareció de nuevo en la escalera. Nuestras miradas se reconocieron. Esta vez no lo dudé y la seguí a corta distancia.

Dos escalones me separaban para acabar de descender cuando un ligero viento se apoderó del momento y ante mis ojos desfilaron un sinfín de damas y caballeros vestidos a la usanza dieciochesca. Me sentí incómoda dentro de mis gastados vaqueros. Habría querido tener una indumentaria acorde con la suya sólo por el placer de mezclarme con ellos.

Los jardines se llenaron de la luz de docenas de candelabros. Instalados sobre un escenario unos músicos ejecutaban piezas para bailar.

Cuando cesó la música todos los allí presentes se retiraron camino del palacio. A penas llegaron al segundo escalón sus figuras se difuminaron y desaparecieron engullidas por una fuerza sobrenatural. Sólo quedaba la mujer misteriosa.

El segundo escalón es la clave para descender o ascender de siglo, me dijo. Con cierto enojo le contesté que lo que decía carecía de sentido. Nada lo tiene me respondió. Me llamo María Luisa y en otro tiempo residí aquí.

Una tarde de verano sentada en el penúltimo peldaño de aquella escalera escribí el final de mi novela.



Bailes y melancolías en palacio. Alejandro Cano-Lasso Carretero

Bailes y melancolías en palacio

Diego Cano-Lasso Pintos

Ha muerto mi padre; lloro..., tengo seis años... (Es el recuerdo, junto a sus caricias, que conservo de él).

El resto de remembranzas lo debo a mi madre. Me hablaba, con cierto enojo, del destierro de Boadilla, donde mi padre soñó construir su morada junto a Ventura Rodríguez.

Me describía el bello palacio y sus jardines y yo gustaba preguntar por detalles, especialmente maneras de bailar, ropajes y aromas.

Pero lo bueno suele ser breve. Se les impuso pérdida de apellido y alejarse de la corte a un lugar que se les dio elegido; por otro lado, paraje bello de la serranía de Gredos. Allí continuaron abrazando los placeres de una vida culta, rodeada de arte y delicados artistas.

Entre vagos recuerdos de entonces, avivados por el contar de mi madre, conservo arraigado en mi memoria los posados de la familia para Goya, siendo yo muy niña.

Mi madre respiraba profundo cuando me relataba la tranquilidad en los atardeceres palaciegos de Boadilla. Deleites de rayos de sol y brisas fundidas con notas del violín de Manfredi y claves de Boccherini.

Se le iluminaban los ojos, con un brillo de lágrimas insinuadas, cuando describía su nostalgia por los salones que apenas pudo disfrutar. Paredes recubiertas de terciopelo asalmonado y cuadros y retratos que, al decir de él, te miraban cuando ante ellos pasabas.

Me describía con detalle las taraceas de maderas o las vistas dilatadas a través de los óculos de las adentradas torrecillas, que con escueta y grácil presencia adornaban las cubiertas.

Fue consecuencia de la *Pragmática Sanción* de mi tío Carlos que aquello fuera en mí recreaciones de sueños y no vivencias.

María Teresa (*de Borbón*) y Vallabriga. Arenas de San Pedro. 30 de septiembre de 1800.

(*Manuscrito encontrado en 1821, por Camilo Rúsoli, en un arcón del palacio*)



La dulce muerte de Ambrose Mamelin. Oscar Cerdán Grande

La dulce muerte de Ambrose Mamelin

Oscar Cerdán Grande

Ambrose Mamelin padecía todos los males conocidos. Su médico personal había comunicado a su madre que no llegaría a cumplir los catorce años. Cuando recibieron una invitación a una boda en el Palacio del Infante en Madrid, se planteó como algo inconcebible por su estado de salud. Sin embargo, una madre estaría dispuesta a cualquier cosa por cumplir la última voluntad de su hijo.

Había que realizar un viaje de muchas jornadas en carruaje, desde el sur de Francia hasta el centro de España. Difícilmente sobreviviría al duro trayecto.

Comenzó la aventura de conocer España para el niño amante de Don Quijote. La madre vivía a través de los ojos llenos de ilusión de su hijo, que trataba de no perder detalle durante el repiqueteo constante por los caminos empedrados. Ambrose llegó al destino sin merma en su delicada salud.

El 7 de diciembre de 1771 se celebró la boda en Boadilla del Monte.

Tras el enlace, se dio paso al minué en el jardín. Sin entender por qué, Soledad, una niña con vestido azul, le pidió a Ambrose que le concediese el baile, provocando el enojo de todos sus pretendientes.

Al primer compás se había enamorado de ella.

Ante todo pronóstico, la danza de Ambrose estuvo a la altura. Los ojos de su madre se emocionaron.

Cuando terminaron de bailar, Ambrose pronunció tímidamente:

- *Merci.*

Y Soledad, llena de profunda ternura, abrazó con fuerza el débil cuerpo de Ambrose, quebrando sus huesos de gorrión.

Cuando se arremolinaron alrededor del cuerpo sin vida del niño, observaron con asombro una sonrisa de placer en su rostro.

Pensaron que su madre se había vuelto loca, al ver también dibujada la felicidad en su mirada. No había perdido el juicio, ocurría que jamás había imaginado una muerte tan dulce para su pequeño Ambrose.



Bobadas

Cesar Borregón Baquero

Hoy en el jardín tocan bobadas.
Escuchen a la traviesa Marquesa:
“Soy doblemente deseada,
¿para quien será mi flor rosada?
Mi elección al azar será dada.”

Éramos dos enamorados
bailando tras su marfil,
el Marqués de Villadrados
y el muy desesperado
servidor Conde del Pernil.

El embate venía de lejos,
todo empezó en abril.
Los dos tiramos los tejos
como vuelan los vencejos
y bien calado el peluquín.

Incluso hubo duelo a florete
que acabó como un mal poema.
Al amanecer en Brunete
me malhirieron el ojete
y por cerrazón devino en enema.

Ya a los pies de la dehesa
moneda en manos de la francesa.
Hoyuelos en su mejilla,
el Marqués cara de mahonesa
y el sudor en mi frente brilla.

El escudo al aire sin prisa,
mi fe gira en la brisa.
Pero es mutuo el espanto,
profundo el desencanto.

La moneda cayó canto.
El enojo nos acongoja,
la Marquesa se solaza casi roja
pues la cruel flor no se secará,
yo periclito de esta panoja,
puerco placer otro cortesano le
dará.

Mas el de Villadrados sufría
de graves fiebres en la nuca.
Mientras la bicha bien reía
él muere de apoplejía.
Como un telón cae su peluca.

La Marquesa de Montrento
ingresó en un convento
por orden del obispo, su padre.
No por arrepentimiento
sino para que la Corte no ladre.

Así acabaron las bobadas
en los jardines del Infante.
Moraleja para viandantes:
jueguen siempre al amor
pero tómense la tensión antes.



Divertimenti per due violini alto e violoncello. José Velasco Fuentes

Divertimenti per due violini alto e violoncello op.11

Rafael González Serrano

Aunque en un primer momento provocase cierto enojo a los otros tres músicos acceder al capricho de Don Luis de interpretar los divertimentos del maestro Boccherini la noche del 10 de Agosto, no se mostraron reticentes al asegurarles que, debido a lo extraordinario de la petición, el infante entendería que la paga debiera ser verdaderamente generosa. No obstante, interpretar esta deliciosa obra en la capilla, en vez de en la sala de música o en los jardines, les provocaba algún desconcierto debido al carácter de una música compuesta para el agrado de la ilustrada y diletante corte que acostumbraba a reunirse en palacio con el fin de conversar sobre lo sagrado y lo profano, apreciar una excelente mesa y bailar y gozar de las buenas maneras de un anfitrión diligente, ecuánime y soberano. El aturdimiento de los músicos fue aún más profundo cuando el infante, durante la ejecución, se mantuvo de rodillas y con la cabeza inclinada. Después, Boccherini les señalaría que aquella noche se cumplía el aniversario de la muerte de su querido hermano Fernando y el señor quería celebrarlo de forma tan singular convencido de que aquellas notas complacerían, allá donde estuviese junto a su adorable esposa Bárbara, el amor que ambos sentían por la música. Pidió, eso sí, discreción, no fuera que llegase a los oídos del rey este cariñoso pero extravagante reconocimiento a los amantes difuntos y le obligara a corregirse o, aún peor, exiliarse. No se había dejado una fortuna en edificar un espléndido Parnaso para que los celos de su hermano Carlos, le privaran del placer de ser, a su manera, un verdadero monarca.



A través de los ojos de mi madre. Lucía Pérez Domínguez

A través de los ojos de mi madre

Lucía Pérez Domínguez

Querido Luis:

Hoy el jardín luce más bonito de lo normal. La luz es cálida y la temperatura idílica. Escucho un instrumento de cuerda. Deduzco que será Boccherini, inundando de música nuestro hogar. Parece que las hojas también lo escuchan; bailan al compás de la música. El cielo parece pintado con óleo, idéntico al de ese lienzo de Goya que hay en el pasillo.

Te escribo porque hay algo que perturba mis noches. Resulta que, buscando aquel libro que te dejé, hallé una carpeta que al parecer te pertenecía. La curiosidad se apoderó de mí, y un impulso me llevó a investigar su contenido. Nunca habría llegado a imaginar el talento que escondes.

Ví todo, Luis. Tus bocetos a carboncillo y acuarela, tus sonetos y epístolas, tus partituras y hojas con intentos matemáticos. Me quedé atónita al ver que un niño tan pequeño tenía una capacidad tan profunda. Tu arte me dio combustible para pensar.

Pensé, en primer lugar, en cómo las apariencias engañan. Recordé cuando tu padre te castigó por tu leve enojo hacia la situación eclesíástica. Ahora sé que si hubiéramos visto tu talento, la vida sería distinta.

Pensé también en ese amor inevitable e incondicional. La primera imagen que aparece en mi cabeza es la de amor romántico. Pero allí, en tu carpeta, vi una nueva imagen de amor. Amor puro, apasionado y disciplinado por lo que haces.

Deduzco que no te agrada que haya visto aquello que escondes. Y sé que el hecho de que sea secreto lo hace más mágico, como las botellas de vino que maduran bajo la oscuridad de la bodega. Sin embargo, te confieso estoy orgullosa de ti. Te confieso que estoy, incluso, orgullosa de mí, por haber participado en la creación de alguien como tú.

Te admira,

Isabel, tu madre

© AEDAS Homes, 2022

www.aedashomes.com

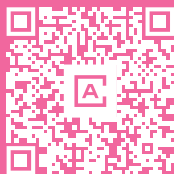
Primera edición: noviembre de 2022

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, por registro u otros métodos, sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Edita: AEDAS Homes

Diseño: b-nice DESIGN

Imprime: Artbox comunicación SL



**AEDAS
HOMES**